

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 5, Diciembre 1996

Televisión

Judith Grosgold

pp. 128-129

Televisión

Judith Grosgold

SIEMPRE se sentaba frente al televisor. Veinticuatro horas continuas de imagen. Ella miraba un poco aburrida al principio y luego caía en esa prisión que aún los mantenía juntos. Mucha ficción y pocas palabras, sobre todo él.

Un departamento sencillo, la televisión en el centro, a toda hora encendida, poco silencio. Colgate, el dentífrico infalible contra las caries. Coca Cola, Pepsi ¡Boom! ¡Pau!... Tic Tac, Tic Tac, el tiempo moviéndose mórbidamente frente a la pantalla, horas, días y semanas.

Un departamento, una prisión, 8 a.m. a 8 p.m., al principio silencio, luego soledad y luego el televisor. 8 a.m. a 8 p.m., él en la ciudad, ventas, color gris, corbata y más silencio. Luego la televisión. Cena frente a la pantalla. Luego más y más pantalla, disparos, muertos, detectives, víctimas, justicia, policías.

Al principio, recién casados, sólo la veía con él, después el silencio se hizo insoportable. Tan sólo que llegue, la imposibilidad de abandonarlo. De 8 a.m. a 8 p.m., tan sólo que llegue, pensaba frente a ese rectángulo inevitable.

Aquella mañana se fue como siempre, a las 8 a.m., antes desayunó, como siempre, viendo una película de suspenso. Se despidió con un beso fortuito sin apartar los ojos del programa de cocina que recién comenzaba. –Diviértete, si te aburres enciende el televisor.

Entonces encendió el televisor, se quedó mirando la nada, con una sonrisa estúpida en el rostro. Era un cuento de terror, el cerebro chupado, comido por una lagartija electrónica de puntos multicolores.

Continuamente esperando su visita. Su llegada. Era un hombre alto de lentes y con cara de tonto. ¿Qué le traería hoy? Nada, eso precisamente, un pedazo de nada recubierto de mierda. De 8 a.m. a 8 p.m. y luego una vez más la nada, la vida reducida a cuatro líneas unidas por ángulos rectos, pura geometría. Lo esperaba. Sólo eso y *Kojak*. Eran las 10 a.m. La enana del segundo piso timbró, pensó que se trataba de él, tal vez hoy volvería más temprano, tal vez verían juntos el programa de las 11... Abrió la puerta, y al ver su rostro distorsionado no pudo evitar hacer un gesto de asco. –Perdón, me sorprendió, estoy esperando a alguien –dijo. La vecina la miró con un poco de tristeza incrustada en las arrugas. Una bruja triste, pensó imaginando el tipo de utensilios que tendría escondidos sobre el techo de su casa. –¿Puedo ayudarla en algo? Mientras le hacía esta casi obligatoria pregunta, la extraña buscaba con los ojos aquello que se vislumbraba a través del portal. –No, me he equivocado –dijo dando media vuelta y echando a renguear monstruosamente, una mutación, produciendo a cada paso un sonido hueco; pensó en el diablo y volvió al televisor.

En su mente también rengueaban los pensamientos que no lograban adquirir ningún orden. Intentó



concentrarse en aquella ficción, las imágenes no parecían corresponder a la realidad, total, no le importaba: hipnóticamente se dejó llevar por la ola de comerciales y series policíacas. En el segundo piso se escuchaban los pasos de la renga, ésta se movía de un lado al otro, moviendo muebles inexplicables. De repente la televisión hizo explosión y se borraron los colores quedando sólo un punto blanco en el centro. Un corte de luz. El esperado no se hacía presente. Las horas comenzaron a pasar con rapidez imperceptible, 3 p.m., 4 p.m., 5 p.m., 6 p.m. sentada frente al televisor apagado, 7 p.m... La noche llegó como siempre sin sorprenderla, esta vez un poco más silenciosamente. Recordó el corte de electricidad, encendió una vela y la colocó frente al espejo para que su luz se multiplicara. Regresó a ese espacio repleto de pesadillas que se hacían presentes en la oscuridad. Unos golpes en la puerta le devolvieron un poco la calma.

Seguramente se trataba de él. Abrió la puerta y un pequeño ser que no se distinguía por la falta de luz, la empujó y entró cerrando de golpe. —¿Quién está ahí? —Gritó furiosamente y escuchó un resoplido que intentaba parecerse a una carcajada. —La bruja —dijo el ser que acababa de invadir la habitación. El miedo la paralizó por completo, casi no percibió el cosquilleo del cuchillo en su garganta. —Estoy esperando a alguien —dijo con un hilo débil de voz. De nuevo escuchó esa risa macabra y luego sólo la oscuridad...

La puerta estaba abierta cuando llegó, le pareció extraño el silencio que invadía la casa ¿y el televisor? pensó aterrado. Entró, prendió las luces y sin esperar un minuto, esquivando con cuidado el cadáver que se interponía, fue y encendió la pantalla, y sentado frente a ella vio por segunda vez un capítulo de su serie favorita: *Law and Order*.